Madama Clémence sonreía, encantada. El la cogió una mano y la advirtió áspera todavía y callosa; y como llegaran á la puerta, antes de llamar dió con el bastón un golpe sobre el escudo de hoja de lata que anunciaba la planchadora francesa á los transeuntes, le desenganchó de la escarpia que le sujetaba al muro y le presentó á su mujer como un trofeo:

—Clémence, la planchadora se ha mudado y no se sabe dónde..... Hasta hoy me has ayudado con tu trabajo, y desde hoy no necesito sino de tu cariño. Mañana despides á las oficialas y cierras el obrador.

Cuando Sidonia salió á abrir, vió asombrada que madama Clémence lloraba, con la muestra en las manos.....

VI

Lo menos tres años estuvo Juanillo sin bajar á la capital, rigurosamente enclaustrado en la colonia santafecina, porque Max decía, un poco á su manera, que caballo resabiado en husmeando la querencia vuelve á sus resabios, y no era prudente estropear la cura por mal entendida sensiblería, mucho menos ahora que el bigotillo estorbaba la aplicación de cierto remedio manual de grande eficacia en casos infantiles; tampoco él hacía mucha fuerza porque le dejaran venir, y tanto de sus cartas, como de las noticias del Fossac mayor, deducíase que estaba el mozo entregado en cuerpo y alma á su labor campesina y no quería oir hablar

de nada que le apartase del surco donde germinaba la semilla de su fortuna. Pero á madama Clémence la ausencia parecíale ya larguísima y excesivo el rigor de tenerle así alejado, cuando tan pocas horas le separaban, y un día tras otro insistía en que dieran suelta al prisionero..... Para súplica de mujer, no hay sordera que valga: expidióse al cabo la orden de libertad provisional, se aprestó el Fossac mayor á cumplimentarla de buen grado, el antiguo obrador de plancha convirtióse en bonita alcoba, alhajada con femenil esmero..... y la orden fué devuelta, con estas palabras de Jean Pierre:—Jean no quiere ir.....

¿Por qué no quería venir Juanillo? Él mismo no se cuidó de explicarlo, limitándose á decir que estaba en lo mejor de la siega, y no había de abandonarla; apenas si, con la punta de la pluma, prometía visitar á sus hermanos después, más tarde, allá para las calendas griegas. ¡Diablo de chico! Nada, que en tomando algo á lo serio, de tal modo se identificaba con ello, que

ni consejos ni tirones obligáranle á soltarlo. Agricultor se había hecho, y como agricultor viviria, mientras no recogiera el fruto de sus afanes..... Madama Clémence pensaba que era esto demasiada música, y por dejar unos días la hacienda, no iba el diablo á llevársela; ¿tan poco afecto guardaba á sus hermanos? ¿ó le retenía en la María Luisa algún amorcillo zafio, quizá más pernicioso que los ya curados males de antaño? Tanto dió en discurrir sobre esto la normanda, que llegó á echar en cara á Max su terquedad y dureza, pues el alejamiento entibia el cariño, y la adolescencia que á su propio impulso se abandona, corre desbocada al abismo, débil la mano juvenil para refrenarla; se puso mala, de estos ingratos pensamientos, y á Max ocurriósele enviar un despacho al Fossac mayor, dándola por muy gravemente enferma, á fin de forzar al picaro hermanito á dejar la cárcel donde se hallaba tan á gusto; en efecto, Juanillo se asustó y se vino á escape, creyendo que la encontraría por lo menos sacramentada.....

La encontró tocando el piano, un sé-diciente Pléyel en que buena parte del día distraía su ociosidad, empeñada en ensenar á los dedos, demasiado torpes, el arte de hacer cabriolas sobre las teclas, muy pálida por la ligera calentura sufrida, hermosota siempre y hasta elegante con su bata de lana color de granate. Madama Clémence dió un grito, y los dos se abrazaron, sorprendidos de verse tan cambiados los dos, tan cambiados que apenas se reconocian, y no hablaban por mirarse, ella examinándole con ojos amorosos, y Jean paseando los suyos de la hermana á los rincones todos de la sala, con asombro expresado luego así:

-¿Eres tú ó no eres tú?

—¡Ay!¡Cómo has cambiado, Jean, en tres años!—exclamó madama Clémence—¡qué alto estás!¡Qué guapo y qué bien te sientan los bigotes!¡Te has vuelto todo un buen mozo!

No acababan de admirarse uno y otro. Estaba Juanillo muy tostado del sol; la

frente, en la parte protegida por el sombrero, aparecía blanca, como venda que la ciñera; sus manos amulatadas, el traje algo burdo, las botas de caña, enfundada dentro del pantalón, el pañolito anudado al cuello, el aire y los andares de hombre que sobre el lomo del caballo pasa la mitad del tiempo y á quien el caminar á pie sienta como al marino, denunciaban al gaucho legítimo, vestido de pueblero, torpe en sus movimientos, tímido y desconfiado, pero asimismo tan robusto y varonil, que el mocetón de ahora no conservaba casi parecido alguno con el Juanillo de la ciudad; de tal modo la vida de aldea le había transformado, poniéndole ese sello de energía que el aire libre, el sol y la lluvia marcan en el cuerpo no defendido por la afeminación y que se entrega á su ruda caricia.

—Monsieur Jean Pierre me dijo que estabas muy enferma....—indicó el jóven en son de reproche.—¡Buen susto me habéis dado!

-Lo estuve.... Si Max inventó eso de la

gravedad fué para que vinieras.... Vamos á ver: ¿por qué no querías venir?

Hizo Jean el gesto voluntarioso que en otras ocasiones le valió sendos soplamocos fraternales, y dió la misma disculpa de sus cartas, encerrándose luego en silencio sospechoso, que á madama Clémence se le antojó de mal aguero. Quiso manosamente sonsacarle el cabo de su secreto, pues había secreto gordo ó era ella miope, y no lo consiguió; ¡chico más taimado! y ¡cómo se revolvia huraño, al sentir las cosquillas de las preguntas indiscretas! Le dejó entonces, jurándose que no se marcharía á la colonia sin que le registrara el fondo de la conciencia.... Y Jean, libre del interrogatorio importuno, expresaba de nuevo su admiración de ver á la hermana de señora, pelechando de modo tan milagroso....

—Sí, sí,—dijo madama Clémence,—estamos en plena prosperidad. ¡Dios nos ayuda, Dios nos ayuda! No está lejano el día que Max suceda á Mr. Patrick en el aserradero, y entonces podremos decir que somos ricos.

Max cumplió los cuarenta años el día de San Silvestre: en la flor de la edad, figurate de lo que aún será capaz.... Pues vo, como te he escrito, desde el día que cerré el obrador me entraron aburrimiento y morrina tan grandes, que no sabía qué hacer de mis manos: ¡niña de seis años, ya aviaba la casa de la abuela! acostumbrada al trabajo, me parecía el señorío muy cómodo, pero horriblemente aburrido, y llegué á comprender el por qué de muchas toquades de altas damas, que mi estrecho criterio de obrera no podía adivinar: mira, Jean, es la ociosidad la madre de todos los vicios, como dice bien el refrán, y de todas las tonterías. Para mí el zureir, y el limpiar los cachivaches y el vigilar á Sidonia, no era suficiente distracción, y me aburría, me aburría, joh mon Dieu! cómo me aburría.... Entonces se me ocurrió aprender el piano, y Max me compró éste en un remate, y tomé maestro, y hará unos seis meses que estoy dando matraca á la vecindad; pero, tengo ya los huesos duros, me falta paciencia, y á lo mejor le planto dos puñetazos al teclado.... ¡Es muy difícil, muy difícil! y el maestro se empeña en que he de hacer ejercicios, y yo en tocar algo que suene á armonía, valsecitos ó trozos de ópera. Acabaré por despedirle. Vas á reirte, pero riete cuanto quieras: muchas veces le quito á Sidonia la plancha de las manos y gozo, sí, gozo pasándola sobre la tela almidonada.... ¡Ha sido mi oficio, y nunca podré negarlo! Max se burla, y dice que haré mi papel de parvenue muy medianamente; pero ya nos iremos refinando poco á poco, ¿verdad, Jean?

Sonreía, restregando las coloradas manos. Juanillo protestó de aquella acusación de ordinariez, y aseguró que parecía la hermana toda una señorona de campanillas. ¿No se había puesto sombrero todavía? Pues ya verían cuando le llevase..... Charlaron gran rato junto al piano, contando las peripecias de los tres años fecundísimos que habían vivido separados, explicando lo que las cartas no supieron decir ó no dejaron

adivinar. Madama Clémence escuchaba embelesada, y de vez en cuando templaba así las impaciencias del mozo:

—Bueno; pero no tienes derecho de quejarte, hijo mío; ¡en tres años! ¡No es poco do
que has adelantado! ¿Qué creías entonces?
Para hacerte dueño de la tierra que ambicionas y edificar el castillito de tus sueños,
necesitabas paciencia y tiempo; ya no te
parece tan fácil: más fácil es hoy que ayer.
Verás cómo piensa lo mismo Max..... ¿No
entraste en el aserradero? Mejor, vamos á
darle la gran sorpresa: son las dos, la hora
del mate.

Se levantó, y, cogida de su brazo, le llevó á mostrarle la casa, ponderando las preciosidades que ella creía atesorar, tan hueca, que tartamudeaba cada vez que Juanillo, en el colmo de la admiración, decía no haber visto nada mejor, porque la casa de M. Jean Pierre, que pasaba por muy lujosa, no admitía punto de comparación. ¿Y la bonita alcoba, con su menaje completo y sus cortinas de cretona, que ella le había

preparado al muy ingrato? A ver, ¿se parecía á su cuarto de labrador, que, sin duda, no tendría más que un mal jergón? Aquellas cortinas ella misma las había cosido, ayudada por Crescencita Barbado.....

Este nombre le zumbó en los oídos á Juanillo, y ya no escuchó más, ni el relato pintoresco de la hermana, describiendo los pelos y señales de los inquilinos que se albergaban en el resto de la casa, ni los pasos y las voces, luego, de Max y del obeso Fossac el Menor, que llegaron y le achucharon con apretones, abrazos y preguntas....

-Pero, muchacho, ¡el diablo que te conozca! ¿Ha visto usted, Fossac, qué hombre se ha puesto? Al fin te decidiste á venir, gracias á mi estratagema. ¿Por qué no querías venir?

—Aquí tienen ustedes, *¡sacrebleu!*, el resultado de una cura al aire libre—exclamaba Fossac el Menor, sofocadísimo.....

En toda aquella tarde le dieron á Juanillo punto de reposo. El periodista se quedó á comer, y por la centésima vez hubo el joven de referir á la insaciable curiosidad de la familia su vida y milagros santafecinos, que, aunque nada de particular ofrecían y sí mucho de monótono, se celebraron çon aplausos y hasta con una botella de sidra, que fué disparada Sidonia á buscar á la tienda de la esquina. ¡El demontre del chico! ¡Qué espigado venía y qué seriote! Vaya, que en pocos años más el castillito y la hectárea apetecidos serían hermosas realidades.

Después de comer, quiso monsieur Fossac llevarle al teatro para ver la compañía de opereta francesa, recién llegada; pero él se quejó de la cabeza, y le dejaron que descansara de la fatiga del viaje y del molimiento de tanta pregunta. Porque no vinieran á molestarle, echó la llave; encendió luego la bujía, y se quedó mirando aquellas cortinas, cosidas por la mano de Crescencita..... No era tiempo de frío, pues declinaba Abril, y sin embargo Juanillo lo sentía, lo sentía en los huesos y en el alma.

210

Si eran ciertas las noticias de madama Clémence, de que la chica de Barbado iba á casarse con Franz Blümen, ¿á qué se entrometía ella á ofrecer al olvidado amigo de la huerta labores, que mejor empleadas estarían en un casquete, por ejemplo, para abrigo de los tres pelos bismarckianos, dueños y señores suyos futuros? ¡Casada con Franz! Esta noticia le sorprendió con la azada en la mano, y la azada de la mano se le cayó..... ¿Para qué proseguir, para qué la fortuna soñada, si Crescencita no le esperaría ya triunfador? ¿Para qué edificar la casa y plantar los árboles, si no habían de dar sombra y albergue á Crescencita? Hizo propósito de no volver á la capital, de no visitar en mucho tiempo aquella casa de Andillo, donde conoció á Crescencita bailando á la luz de la luna, y le entró el arrechucho romántico de los veinte años, quejándose, si no en verso, porque no era capaz de hacerlos, en la prosa más sincera, del desvío de Crescencita; contó sus penas á todos los seres animados é inanimados de

la colonia, excepción hecha cuidadosamente de los que se sirven de la lengua para la traición y la burla; y las majestuosas vacas y las tímidas ovejas, viéndole llorar, le compadecieron, y más de una vez paseó sus melancolías el noble alazán de la cuadra de monsieur Jean Pierre. Después vino el período de la cólera; se revolvió furioso contra la ingrata y el germano, y resonaron los campos con sus imprecaciones.... Al fin la calma se enseñoreó del turbado corazón, y se dijo á sí mismo que si Crescencita no le había hecho promesa alguna, ni él ninguna oferta á Crescencita, grande chiquillada era cobrarle cuentas que no debía. Cogió de nuevo la azada y se encorvó sobre la tierra, cavando, cavando con rabia en busca del escondido tesoro, para presentarse un día ante la ingrata y vengarse deslumbrándola

Ahora la forzada estancia en la casa de Andillo renovaba sus pesares, y creía escuchar el triquitraque de la máquina diligente, arrullo de sus sueños de enamorado precoz. Puesto que lo de la gravedad de madama Clémence era pura engañifa, se marcharía al día siguiente, antes que la casualidad ó la cortesía le obligaran á afrontar la presencia de la olvidadiza chiquilla. Con esta idea se acostó y se durmió profundamente.

Pero cuando entró madama Clémence por la mañana trayéndole el chocolate y se enteró de su proyecto de fuga, poco faltó para que la robusta diestra, sin pararse en pelillos de bigote más ó menos, le aplicara el contundente argumento de costumbre. ¡Marcharse, recién llegado! ¿Qué cuidados eran esos de la María Luisa, que así le desvelaban? ¡No le había dado poco fuerte....! Tenía de quedarse en la capital ocho días, lo menos, lo menos.

-Eso es-protestó Juanillo revolviéndose en la cama-¿y qué va á decir monsieur Jean Pierre? ¿Quién vigilará á los peones? ¿Quién llevará las cuentas? Incumbencias mías, Clémence, exclusivamente mías. Antes os quejábais de mí y mella-

mábais gandul: ahora que estoy aplicado al trabajo, ¡pretendéis desviarme de mis obligaciones!

—Bueno — contestó madama Clémence confusa;—que sea por tres días, nada más; en tres días no irán tus peones y tus cuentas á embrollarse tanto.

Aún protestó Juanillo, pero no halló medio de que cejara la hermana en la cariñosa insistencia de hospedarle en aquella casa, llena para él de tristes recuerdos. Se vistió malhumorado, advirtió á los hermanos que no volvería hasta la hora del almuerzo, por cumplir ciertos encargos del patrón, y echóse á la calle, jurándose á sí mismo que no pondría los pies en la de las Artes, así le ahorcaran.

Tres años para la gran capital del Sud, equivalen á tres siglos para las soñolientas ciudades mediterráneas, de tal suerte el progreso la transforma y hermosea, á ojos vistas, como el maravilloso espectáculo de un calidoscopio: á Juanillo le pareció más grande aún y más populosa; el bullir co-